

Don Arturo Salazar.

Don José Antonio Gutiérrez.

Don Rafael Molano.

Don Carlos Julio González Vargas.

Don Alfonso Medina.

Don Antonio M. Barriga.

Don Luis Benigno Patiño.

Don Lisandro Orjuela.

Don Salomón Gómez.

Don Carlos J. García.

Don Alberto Alvarado.

Don Daniel Anzola.

Don Ambrosio Delgado.

Hay, además, ciento treinta convictores y doscientos veinte alumnos externos.

La Concepción de Murillo

(Traducido por don José Caicedo Rojas)

I

Un joven que podía tener hasta veinticinco años, y cuya fisonomía fina y expresiva era una mezcla singular de dulzura y de profunda meditación, andaba á buen paso por el camino que, siguiendo las riberas del río Manzanares, conduce á la puerta de San Vicente. Sin fijarse en los objetos que lo rodeaban ni hacer alto en el majestuoso aspecto de Madrid, que se presentaba á su vista con sus grandes plazas, su soberbio Alcázar, sus cien iglesias, sus fuentes magníficas y sus famosos jardines, pasaba de una calle á otra, concentrando al parecer su espíritu en una idea que lo absorbía enteramente.

Había llegado enfrente del palacio del Buen Retiro, edificio sombrío, sin regularidad, y que, sin embargo, lleva el sello de una verdadera grandeza. Allí se detuvo: miró con sus ojos penetrantes las negras paredes que habían

sido testigos de tantos dolores, sufrimientos y fatigas y también de tanto poder y de tanta gloria en la época en que los soberanos de España llevaban veintidós coronas, y en que se podía decir sin exageración que el sol jamás se ocultaba en sus dominios.

Bien resuelto venía nuestro desconocido en el designio que traía, para que echase pie atrás en el último momento. Acercóse, pues, á las guardias del palacio y solicitó entrar á la habitación del pintor Velásquez, que vivía allí con la familia real. Vino un oficial, y, mirando á nuestro joven de arriba á abajo, le dijo con desdén :

—Señor caballero, ¿ por ventura Velásquez os ha dado alguna cita ?

—No tengo el honor de que él me conozca.

—¿ Traéis alguna carta de recomendación que presentarle ?

—Ninguna.

El oficial, haciendo un gesto, le dijo con sonrisa socarrona: ¿ y creéis poder ser admitido así no más por el gran Velásquez, el primer pintor de S. M. Felipe IV y del célebre ministro el Conde-duque de Olivares ? Ah ! ¿ sin duda pensáis que el más ilustre artista del mundo entero, el amigo de Rubens, el favorito de los Reyes, se ha de tomar la molestia de recibir al primero que llega?... Y con aire triunfante se retiró retorciéndose el bigote.

El pobre joven quedó consternado, pero reanimándose un tanto llamó de nuevo al oficial y le dijo: Señor Capitán, si sois buen cristiano, no rehusaréis prestar un servicio á un pobre mozo que viene desde muy lejos para obtener una audiencia del señor Velásquez. ¿ Podrís hacer llegar esto á sus manos ?

—Con mucho gusto, dijo el oficial, prendado ya del aire modesto y agradable del joven y de la ternura con que le enderezaba la súplica, mientras éste sacaba de debajo de la capa un pequeño cartón, que entregó al oficial con

un billete que allí mismo escribió rápidamente con su lápiz, y decía así :

“ Ilustre Velásquez :

“ Ni vos me conocéis, ni yo os conozco personalmente ; pero siento la necesidad de veros, de manifestaros mi respetuosa admiración. Con este solo objeto he venido á pie desde Sevilla. El arte es mi vida, ó más bien mi ilusión, mi sueño, porque ignoro si lo que Dios me inspira es una verdadera vocación, ó solamente es el delirio del orgullo y el humo de la ambición. No puedo conocerme á mí mismo, ni medir mis fuerzas, porque no tengo experiencia ; por eso necesito veros, hablaros, contemplar y estudiar vuestras obras inmortales. Que yo satisfaga este ardiente deseo y me creeré dichoso.

Bartolomé Esteban Murillo”

Al cabo de diez minutos el oficial de palacio volvió á la verja de la puerta, risueño y apresurado ; y tendiendo la mano al joven, le dijo con cierta expresión de deferencia :

—Sígame vuesamerced, si gusta.

—¿ Cómo ! pues me ha sido concedido....

—Vamos á ver á Velásquez.

Atravesaron casi todo el palacio, volvieron sobre el ala izquierda ; después, pasando por una galería adornada con bajos relieves en mármol, vasos griegos y flores, digno vestíbulo de la habitación de un grande artista, llegaron al fin al departamento en que éste se hallaba.

Diego Rodríguez de Silva y Velásquez era el jefe de la Escuela de Madrid, y Felipe IV, para consolarle con las bellas artes de las contrariedades y disgustos de su reinado, lo había colmado de favores é instaládolo en el palacio del Buen Retiro con toda la magnificencia de un príncipe.

Velásquez lo recibió con aire benévolo y cortés, y cuando el joven se acercó tímidamente, el noble pintor le extendió la mano y apretó la suya diciéndole :

—Vén, hijo mío, vén : has hecho bien en contar conmigo.

Al penetrar Murillo en el taller donde trabajaba el maestro, vio abierto sobre una mesa el cartón que le había enviado, y esparcidos aquí y allí sus dibujos. Velásquez le dijo, acercándose á la mesa y poniendo el dedo sobre un diseño que representaba una cabeza de virgen :

—¿ Tú has hecho este diseño ?

—Ciertamente.

—¿ Qué edad tienes ?

—Veinticinco años.

—¿ Tu país ?

—Sevilla.

—¿ Tus padres ?

—Gaspar Esteban Murillo y María Pérez.

—¿ Son pobres ?

—Sí, señor.

—¿ Quién te dio las primeras lecciones de pintura ?

—Un pariente mío, Juan de Castillo. Pero pronto me despidió diciendo que no tenía nada más que enseñarme.

—¡ Ya lo creo !

—Pedro de Moya, excelente colorista, volviendo de Londres á Granada, pasó por Sevilla y me dio algunos consejos.

—¡ Se conoce ! ¿ Y cómo siendo pobre te has atrevido á emprender el viaje á Madrid ?

—Hé aquí la industria de que me valí : compré gran cantidad de tela, la dividí en pequeñas piezas y las preparé convenientemente, y después pinté en ellas varios santos y asuntos piadosos, flores, pájaros y otros objetos, y lo vendí todo á unos comerciantes que estaban preparando un cargamento para las Indias.

—¡ Muy bien ! dijo sonriendo Velásquez : me gustan los hombres industriosos y los caracteres decididos. Ahora, escúcha, hijo mío, y pésa bien mis palabras, porque son las de un hombre que tiene alguna experiencia en el oficio. Esta cabeza de la Santa Virgen me ha bastado para adivinar cuál será tu porvenir ; y desde ahora me atrevo á

predecirte que, si Dios te concede fuerzas y larga vida, serás....

Antes de terminar Velásquez la frase, se abrió una puerta lateral y entró por ella un hombre que se adelantó con aire afectuoso hacia los dos artistas. Bien indicaban la riqueza de sus vestidos, el collar de Toisón de oro que llevaba al cuello, y, más que todo, su aire de mando y superioridad, que este personaje era de un rango elevado. Al verlo Velásquez se inclinó profundamente, y Murillo quedó como desconcertado.

—Velásquez, preguntó el recién venido, ¿ en qué os ocupabais ahora ?

—Señor, respondió el pintor, estaba haciendo una predicción á este joven.

—¡ Ah ! enhorabuena.... continuad, no quiero interrumpiros.... Si acaso estoy de más.... Y haciendo ademán de retirarse, notó la turbación de Murillo, al cual dirigió la palabra, diciéndole :

—Amigo, no os turbéis así : el Rey de España deja aquí toda etiqueta ; palabras que no dejaron de aumentar el embarazo del joven hasta un punto tal que quedó como fuera de sí.

—Pues que V. M. me autoriza para ello, dijo Velásquez, continuó. Nuestra patria se enorgullece justamente con sus artistas contando entre ellos, en primera línea, á Antonio del Rincón, á Vargas, á Morales *el Divino*, á Navarrete *el Mudo*, á Sánchez Coello, á Pablo de Céspedes y á otros muchos.

—Y cuenta, sobre todo, interrumpió Felipe IV, á mi amado y leal Velásquez.

—Pues bien, señor, dijo solemnemente el pintor, inclinándose de nuevo, pues bien ! Dignaos conceder á este joven sevillano el permiso de copiar durante algunos años en vuestro palacio y el del Escorial los cuadros preciosos que allí se hallan de Ticiano, de Rubens, de Van-Dyck, y yo os aseguro.... sí ! me atrevo á predecirlo : Esteban Mu-

rillo será la gloria de vuestro reinado y el objeto de la admiración de la posteridad. El sobrepujará á todos los artistas de España, sin exceptuar á vuestro fiel vasallo Velásquez!....

El Rey y Murillo se miraron á un tiempo: el uno quedó admirado y el otro atónito, espantado, abrumado con semejante predicción, mientras que Velásquez, tranquilo y risueño, fijaba de nuevo sus miradas en esa admirable cabeza de Virgen que justificaba sus palabras, y que, con anticipación de treinta años, era el anuncio, el presagio cierto de la *Concepción Inmaculada*, que algún día había de ser el pasmo del arte y la desesperación de los artistas.

II

En la vasta llanura en que se extiende orgullosa Sevilla, ostentando sus casas de estilo morisco, y haciendo alarde de su inmensa catedral; en esa ciudad majestuosa, donde sería difícil enumerar las maravillas de la arquitectura y los prodigios de la fe, hay un barrio delicioso llamado de Triana, separado de lo principal de la ciudad por un gran puente de barcas echado sobre el Guadalquivir. A la entrada de este barrio está la casa de la Inquisición, edificio sombrío y antiguo, y desde allí sigue un hermoso paseo con una bellísima fuente flanqueada por dos altas columnas de piedra, en cuya parte superior se ven las estatuas de Hércules y de Julio César, fundador el primero, según la fábula, y restaurador el segundo de la ciudad de Sevilla.

Detúvose cerca de esta fuente una joven como de catorce años, que salía del vecino edificio llorando y sollozando tiernamente. Su vestido, ya bien raído, pero original por la forma y los colores, tenía cierta extravagancia pintoresca. No era difícil reconocer en esta niña una de esas hijas de los gitanos que la España, y en general todos los pueblos donde existía esta raza desheredada, miraban con cierta especie de horror, y arrojaban con desdén de todas

partes; así que cuantos pasaban cerca de ella se guardaban muy bien de manifestarle el menor interés.

Uno solo de los transeúntes, después de haberla contemplado por largo rato con atención, se acercó á ella y le dirigió la palabra. Al oír esta voz la joven, se estremeció, levantó la cabeza con lentitud y la dejó caer de nuevo, como si nada esperase ya en este mundo. Sin embargo, el que movido por un sentimiento de compasión se le había acercado para socorrerla ó consolarla, no quiso separarse de allí sin hablarle segunda vez.

—¿Qué tienes, le preguntó, qué te aflige, niña? ¿Es la miseria la que así te abate?

—¡La miseria!.... respondió con voz sorda y entrecortada. ¡Estoy tan acostumbrada á ella! La miseria puede soportarse. Lo que me abruma á mí es el dolor.

—¿El dolor? ¿Y cuál es la causa de ese dolor? Dímelas, que tal vez pueda yo serte útil.

—Si vos pudierais, señor, replicó amargamente, y dirigiendo sus negros ojos hacia la casa de la Inquisición, si vos, ó algún otro en España pudieran anular las sentencias que se dan en este lugar....

—¿Alguno de vosotros ha sido condenado por el Santo Oficio?

—Ah! mi padre, señor!.... mi padre, á quien llaman Metillo el gitano.

—¿Y qué es lo que ha hecho?

—No sé.... parece que se le acusa de propagar errores contrarios á la fe de los cristianos.

—¿Luego él no es cristiano?

—No, señor.

—¿Ni vos tampoco, sin duda?

La joven guardó silencio.

Ah, pobre niña! dijo su interlocutor: eres digna de compasión. ¡Con que no has tenido la dicha de ser criada en la fe cristiana! Pero no es culpa tuya. ¡Pobre hija mía!

Si esa luz divina hubiera iluminado tu alma, ¡cuán fortificada se hallaría hoy para sufrir con paciencia los males de la vida!

—¿Qué hacéis ahí, mi querido Murillo? dijo el Duque de Arcos, que pasaba en aquel momento por allí con tres lacayos, y que, picado de la curiosidad, al oír el diálogo, se había acercado y reconocido al pintor. ¿Queréis convertir á esa pagana?

—Monseñor, respondió el artista algo cortado, si lograse tal dicha, estimaría más mi victoria que diez de mis mejores cuadros.

El Duque se sonrió, y haciendo una seña de despedida, siguió su camino.

El pintor y la gitana permanecieron callados, pero aquél reflexionaba consigo mismo y decía:

—En otro tiempo bendije la mano que el generoso Velásquez me tendió cuando era yo pobre y desconocido. El hubiera podido despreciarme, cerrarme su puerta, porque, al fin, ¿quién era yo?... Velásquez tenía derecho para hacerlo.... y, sin embargo, este buen hombre se mostró como un segundo padre para conmigo.... Lo que hizo Velásquez ¿no podrá hacerlo Murillo? ¿No deberá hacerlo también?

Y dirigiéndose de nuevo á la muchacha, añadió:

—Vén, hija mía, vén. Mi casa está á dos pasos de aquí, y mi mujer te recibirá cordialmente.

Yo! señor...., yo entrar á la casa de un cristiano!

—Sí, si estimas en algo la suerte de tu padre.

No pudiendo resistir más á tanta bondad y á palabras tan insinuantes, Zorah, que así se llamaba la gitana, se levantó del banco donde estaba sentada y siguió al pintor con turbación.

Llegaron á una casa grande y silenciosa, y entrando en una sala muy sencilla, cuyo adorno principal eran algunos arbustos exóticos, hallaron á una señora sentada cerca de una mesa: era doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor, que admiradora entusiasta del genio de Murillo, y sobre

todo de sus grandes virtudes, se había tenido por feliz en unir su suerte á la de este artista pobre y de oscuro nacimiento, no obstante ser ella noble y rica. Muy pronto quedó enterada doña Beatriz del objeto de aquella visita singular y extemporánea, y su primer cuidado fue llamar á los criados para que trajesen refrescos; pero Zorah rehusó absolutamente tomar nada.

—¿No quieres reparar tus fuerzas, hija mía? la dijo doña Beatriz con acento tierno é insinuante. Estás pálida, y se conoce que sufres mucho.

—Sufro, sí, señora, sufro mucho, pero es por mi padre que se halla preso.

—No debes desesperar, niña, sino, al contrario, poner toda tu confianza en Dios: nada hay imposible para su bondad suprema.

—El Dios de los cristianos ha maldecido mi raza, y condenádola á una perpetua desdicha.

—Ah! hija mía, exclamó doña Beatriz, tú no conoces ese Dios de misericordia; pero nosotros te lo haremos conocer. Quédate aquí por algún tiempo: en nuestra casa hallarás un asilo seguro; y cuando sepas cuántos y cuán dulces son los consuelos que da Dios á los que le aman y esperan en El, cambiarás enteramente de ideas, y será otro tu lenguaje. Hace treinta años que Murillo, mi esposo, ha consagrado su ingenio y su trabajo á la gloria de ese Dios tan bueno, y por todas partes, los fieles veneran las imágenes y los cuadros preciosos en que representa su sagrada vida ó la de sus santos. Si tú vieras su famoso cuadro del Parálítico en la piscina, el de Moisés, el de San Juan de Dios que lleva á un pobre cargado sobre sus hombros, el de Santa Isabel de Portugal curando á los enfermos....

Murillo interrumpió sonriendo esta enumeración que tan á destiempo hacía su noble esposa, y dijo en tono festivo:

—Inútil es por ahora, mi querida Beatriz, hacer elogios de mis pobres obras. Pero ellas me han sugerido una idea,

que, ó mucho me engaño, ó ha de ser favorable al padre de Zorah.

—¡Es posible? exclamó ésta.... Cómo! Señor....

Y su rostro, animado y radiante de alegría, la hacía parecer en aquel momento más bella.

—Sí! Aguárdame aquí, que pronto vuelvo.

Y tomando su capa y su sombrero salió apresuradamente, quedando las dos mujeres atónitas, y sin poder hablar una sola palabra durante largo rato.

Al cabo de un cuarto de hora volvió tan alegre, con un aire tan de satisfacción, que Beatriz, sorprendida, se acercó á él para preguntarle, más con los ademanes que con las palabras, el motivo y el resultado de tan extraña salida.

—Todavía es un secreto, dijo Murillo poniéndose un dedo en la boca. Hacedme el favor de no preguntarme nada. Lo único que puedo asegurar desde ahora es que el pobre Metillo sólo tendrá que sufrir quince ó veinte días más de prisión. Conque, Zorah, ¿quieres ahora volverte á tu vida errante y vagabunda? ¿Quieres cambiar nuestra casa por ese estado de vergonzoso abandono y degradación?

Por única respuesta, la gitana tomó las manos de su bienhechor, y cubriéndolas de besos, las empapó con sus lágrimas.

III

Desde este día Murillo, dando de mano á los cuadros que tenía comenzados para el claustro de los Capuchinos, y haciéndose sordo á las reclamaciones y á las súplicas de los buenos padres, se encerró en su taller, sin permitir que nadie entrase en él. Algunas veces solía venir al piso bajo, donde ordinariamente estaban su mujer y Zorah, para conversar con ellas. La gitana había sufrido una transformación casi completa: no podía estar ociosa; y como aprendía á coser, á bordar y á tejer, ocupaba agradablemente el día y la noche, al mismo tiempo que la destreza y facilidad con que hacía todos estos oficios femeniles le prometían

para lo venidero una fuente de recursos con que atender honradamente á su subsistencia y á la de su padre. Procuraba, además, hacerse útil y ayudar á doña Beatriz en los cuidados y ocupaciones de la casa; y ésta, por su parte, con una bondad angelical, se complacía en enseñar á Zorah todos aquellos pormenores domésticos que ignoraba y que podían serle útiles con el tiempo. Una sola cosa entristecía el ánimo de doña Beatriz y turbaba hasta cierto punto aquel cuadro de felicidad doméstica, y era que, á pesar de sus calurosas exhortaciones, esta piadosa señora no había logrado que la luz de la fe penetrase con todo su brillo en el alma de Zorah, de lo cual solía quejarse á solas con su esposo.

—No os atormentéis por eso, solía decir Murillo á su esposa, ni atormentéis demasiado á esa pobre muchacha: la convicción es obra del tiempo, de la paciencia y de la dulzura; día llegará, y espero que no sea muy tarde, en que el tierno corazón de la gitana ceda totalmente á las dulces influencias del ejemplo y de la persuasión. El carácter de los de su raza es naturalmente rígido y tenaz, pero Zorah es sensible y tiene una inteligencia no muy común entre los suyos.

El pintor había hecho colocar un caballete en la sala donde trabajaban las dos mujeres, y para entretener á Zorah, preparó un lienzo y comenzó á pintar en él como por pasatiempo. Poco tardó en aparecer en aquella tela la imagen risueña y pensativa de la joven, con un ramillete de flores en la mano. Zorah no se cansaba de mirar y admirar aquel retrato que, además de la semejanza en el diseño, adquiría un prestigio maravilloso por medio del colorido. Apenas podía creer á sus propios ojos lo que veía, porque en verdad no era una pintura, era la vida misma, era un sér animado, era Zorah, á quien no faltaba más que hablar y moverse.

—¡Otra obra maestra! dijo doña Beatriz cuando lo vio concluido. Llamaremos á este cuadro *la ramilleteira de Murillo*.

—Esta obra maestra, como la llamáis, tiene otra cosa mejor que las demás que han salido de mi paleta.

—¿Y cuál es?

—Que es la dote de Zorah.... Sí! este cuadro está destinado á ser tu dote, aunque su mérito no sea extraordinario, dijo Murillo á la gitana. Pero aún os reservo una cosa mejor: dentro de tres días tengo que cumplir una promesa sagrada que he hecho en nombre tuyo; ténlo bien presente, Zorah.... no olvides lo que te digo.... es una promesa muy grave, y el sentido de estas palabras será muy claro para ti dentro de poco.

IV

Llegado, en fin, el término fijado por Murillo, éste anunció á sus dos amigas que debían prepararse para salir con él; dio órdenes á los criados é hizo invitar á todos sus discípulos y admiradores para una hora señalada. Zorah, vestida con un traje español y cubierta con un velo, iba al lado de la hermosa doña Beatriz: los discípulos seguían al maestro á una distancia respetuosa; y todos juntos llegaron á la capilla interior de la Inquisición. Una multitud de señores y señoras de la nobleza de Sevilla, eclesiásticos y otras personas curiosas, se hallaban allí reunidas. El general de los Dominicanos, el Padre Eusebio, vino á recibir personalmente al célebre artista.

Cuando el murmullo ocasionado por la llegada de la comitiva había cesado enteramente, dijo Murillo con voz clara y firme é inclinando la cabeza:

—Reverendísimo Padre: hoy es el día señalado para descubrir á vuestros ojos la obra que acabo de terminar. Dignaos no ver en ella sino la intención que ha guiado mi pincel, y ojalá no olvidéis que la fe lo ha sostenido también. Si es una inspiración del cielo, ningún mérito debe atribuírseme: si es una obra vulgar, tened á lo menos en cuenta el objeto que representa.... y el fin á que ella tiende!....

—Hijo mío, respondió el dignatario, no sin emoción, vuestra intención ha sido enteramente cristiana: Dios lo tendrá en cuenta y os lo premiará. En cuanto al mérito de la obra, vuestra admirable habilidad en el arte y la fama nacional de que gozáis responden mejor que vos y que yo. La excelencia y perfección de este cuadro serán sin duda dignos del nombre de Murillo. El altar está ya adornado con él, según vuestras instrucciones, y sólo falta que, á una orden vuestra, caiga el velo que cubre tantas bellezas.... Pero antes de todo, aquí tenéis vuestra recompensa!....

A una señal del Padre Eusebio, algunos empleados de la Inquisición trajeron á un hombre flaco y de tez morena, al cual dirigió la palabra diciendo:

—Metillo, bendice á Dios y á tu libertador. El piadoso Esteban Murillo ha solicitado tu perdón, y el santo Tribunal ha accedido gustoso á ello, amonestándote solamente á que observes una conducta regular y á que no persistas en tu fatal propósito de hablar indiscretamente. Anda, hijo mío, y sé feliz!....

—Entended, sin embargo, añadió dirigiéndose á Murillo, y entiéndalo toda esta respetable asamblea, que no hemos puesto precio á la libertad de este gitano: el Tribunal hace uso de sus facultades, y si acepta vuestra generosa oferta, es porque quiere gloriarse de poseer una obra de vuestra mano, y adornar con ella su capilla.

El gitano y su hija, que hacían esfuerzos para abrazarse desde el momento en que se vieron, corrieron juntos á postarse á los pies de Murillo; pero éste los contuvo con un ademán lleno de dignidad y al mismo tiempo de dulzura. En seguida, dirigiéndose hacia el altar, se arrodilló sobre las gradas de mármol, y allí permaneció en silencio breve rato haciendo una ferviente oración.

—¡Virgen Santa! decía en su interior, vos que me habéis inspirado esta obra de caridad, coronadla vos misma, haciendo que un rayo de gracia penetre en esos infelices

corazones: os lo pido por vuestra inmaculada y purísima Concepción!

Apenas se levantó el pintor, cuando dos de sus discípulos, descosiendo el velo con que estaba cubierto el cuadro, lo dejaron caer y descubrieron á la vista de los concurrentes el maravilloso cuadro de la INMACULADA CONCEPCIÓN....

Un grito general y simultáneo de admiración resonó en las bóvedas de la capilla, y solamente la santidad del lugar pudo impedir ó moderar los transportes de entusiasmo de los espectadores.

¡Allí estaba esa admirable página, obra del concurso del arte humano y de la inspiración divina, radiante de juventud y de esplendorosa frescura!.... Todas las miradas quedaron fijas en aquella visión celeste, en aquellos contornos aéreos, vaporosos, en aquellos resplandores de una luz sobrenatural que circundaba las formas peregrinas de la Virgen sin mancha. Al primer rumor del entusiasmo profano sucedió el respetuoso silencio de la admiración. Los corazones de la multitud, apretados, comprimidos por el gozo, no podían exhalar en palabras de alabanza, y sólo dejaban escapar breves interjecciones. Se hubiera dicho que un coro de ángeles había bajado del cielo aquel portento, dejando pasmada á toda Sevilla con un milagro inaudito....

Murillo, el inmortal Murillo acababa de dotar á su patria con una obra también inmortal, el más bello florón de su corona artística, y cuyo mérito no borrarán los siglos.

De repente una voz penetrante y llena de emoción, un acento de aquellos que se escapan invenciblemente del alma, resonó en medio de un ligero murmullo. Era Zorah que se había arrojado al pie del altar con el rostro pegado al suelo, exclamando:

—¡ Soy cristiana!.... ¡ Sí!.... ¡ Yo soy cristiana!....

Su padre la había seguido por entre el tumulto, y con voz balbuciente y los ojos cuajados de trémulas lágrimas, gritaba postrado en tierra:

— Yo también.... Yo también soy cristiano....

Y juntos repetían:—¡ Perdón, Madre mía!.... ¡ Perdón!

Los circustantes, pasmados, sollozaban también con ellos; y en medio de aquella escena tierna y desgarradora se oían bendiciones repetidas á Dios, á MARÍA, y juntamente al artista que se había cubierto de gloria!....

La caridad había producido una obra maestra.

¡ La obra maestra y la gracia habían producido la fe!....

Miguel Vargas

En esta ocasión, como en otras semejantes, van juntos los parabienes y los adioses. Así corre la humana vida, mezcla de goces y de penas, de sonrisas y lágrimas.

El señor don Miguel Vargas estudió con lucimiento letras y filosofía en el colegio de San Bartolomé, hasta alcanzar el grado y título de bachiller. Pasó al Colegio del Rosario á cursar jurisprudencia, en calidad de convictor, y tales fueron su comportamiento y aptitudes, que mereció una colegiatura de número y que el señor Rector le otorgara la prueba de estima y confianza de nombrarlo secretario del Colegio.

En 1910 la Consiliatura lo eligió diputado del Colegio al Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia. Allí supo defender y confesar, sin respetos humanos ni cobardes claudicaciones, sus creencias católicas, sus principios pedagógicos, las tradiciones gloriosas de su Claustro. La Consiliatura le tributó, por medio de un acuerdo especial, voto de aprobación y aplauso.

Abrió, con buen consejo, el gobierno del Excelentísimo señor don Carlos E. Restrepo un concurso entre los alumnos de jurisprudencia de las distintas facultades del país, para enviar á los vencedores con cargo de canciller á distintas naciones, y al propio tiempo, para que siguieran en las capitales europeas sus estudios de derecho. Con esta